

Hallado un vendedor desnudo en su coche

La policía de Grampian que patrullaba el tramo de la A93 bloqueado por la nieve, entre Braemar y Spittal of Glenshee, el jueves por la noche, encontró un coche aparentemente abandonado en el arcén de la carretera, justo debajo del Glenshee Ski Centre.

Al inspeccionarlo de cerca comprobaron que el conductor, en estado de inconsciencia, seguía dentro del coche. La ropa de este hombre de mediana edad, que estaba casi desnudo, se hallaba esparcida por el interior del vehículo. En el asiento del copiloto, a su lado, había dos botellas de whisky vacías.

El misterio se acrecentó cuando los agentes examinaron el maletero del coche y descubrieron dos cajas de cartón que contenían más de 400 cepillos de dientes, así como una enorme bolsa de basura negra con postales del Lejano Oriente.

El hombre sufría una grave hipotermia, y fue trasladado al Royal Hospital de Aberdeen en ambulancia aérea. Más tarde se le identificó como Maxwell Sim, de cuarenta y ocho años de edad, de Watford, Inglaterra.

El señor Sim resultó ser un vendedor contratado en régimen de autónomo por Cepillos de Dientes Guest, de Reading, una firma especializada en productos ecológicos de higiene bucal. La compañía se había declarado en quiebra esa misma mañana.

El señor Sim se ha recuperado totalmente, y parece ser que ha regresado a su casa de Watford. La policía aún no ha confirmado si lo denunciará por conducir ebrio.

La Gaceta de Aberdeenshire

Lunes, 9 de marzo de 2009

Sidney-Watford

1

Al ver a la mujer china y a su hija jugando a las cartas en la mesa del restaurante, con el agua y las luces de la bahía de Sidney brillando detrás, me puse a pensar en Stuart y en la razón por la que había dejado de conducir.

Iba a decir «mi amigo Stuart», pero supongo que ya no es amigo mío. Por lo visto he perdido unos cuantos amigos estos últimos años. Eso no quiere decir que haya roto con ellos en plan dramático. Simplemente hemos decidido no seguir en contacto. Y así ha sido la cosa: una decisión, una decisión consciente, porque hoy en día no es difícil mantenerse en contacto con la gente, hay muchas maneras diferentes de hacerlo. Pero imagino que, a medida que vas envejeciendo, ciertas amistades empiezan a parecerte cada vez más superfluas. Resulta que te preguntas: «¿Dónde está la gracia?» Y entonces paras.

De todos modos, vamos con Stuart y lo de no conducir. Tuvo que dejarlo por culpa de los ataques de pánico. Era un buen conductor, un conductor prudente y responsable, y nunca se había visto envuelto en ningún accidente. Pero de vez en cuando, al ponerse detrás del volante de un coche, sufría esos ataques de pánico, y al cabo de un tiempo em-

pezaron a empeorar, y también a darle con mayor frecuencia. Recuerdo cuando me habló por primera vez de todo eso: era la hora de comer y estábamos en el bar de los grandes almacenes de Ealing, donde trabajamos juntos durante un año o dos. Aunque no creo que le escuchara con mucha atención, porque Caroline estaba sentada en la misma mesa y las cosas entre ella y yo empezaban a ponerse interesantes, así que lo último que me apetecía oír era a Stuart hablando de su neurosis conductora. Debe de ser por eso por lo que nunca volví a pensar realmente en ello hasta unos años más tarde, en el restaurante de la bahía de Sidney, cuando me vino todo a la cabeza. Su problema, que yo recuerde, era el siguiente. Mientras que la mayoría de la gente, cuando contempla las idas y venidas de los coches por una carretera concurrida, ve una red de tráfico normal que funciona como es debido, Stuart sólo era capaz de verlas como una serie interminable de accidentes evitados por los pelos. Veía que los coches pasaban a toda velocidad unos junto a otros, a muy poca distancia (una y otra vez, cada pocos segundos, sin parar a lo largo del día). «Todos esos coches», me decía, «que no acaban chocando de puro milagro... ¿La gente cómo lo aguanta?» Al final ya no podía soportar aquel espectáculo, y tuvo que dejar de conducir.

¿Pero por qué me vino esa conversación a la cabeza precisamente esa noche? Era el 14 de febrero de 2009. El segundo sábado de febrero; San Valentín, por si no se habían dado cuenta. El agua y las luces de la bahía de Sidney brillaban detrás de mí, y estaba cenando solo porque mi padre, por una serie de extrañas razones, se había negado a salir conmigo, a pesar de que era mi última noche en Australia, y de que el único motivo por el que yo había ido a Australia, para empezar, era verlo y tratar de retomar mi relación con él. En ese momento, de hecho, seguramente me estaba

sintiendo más solo que nunca en mi vida, y lo que de verdad me hizo acordarme de mi país fue el ver a la mujer china jugando a las cartas con su hija en la mesa del restaurante. Parecían muy felices juntas. Tenían mucha complicidad. No hablaban mucho, y cuando hablaban era del juego de cartas, o esa impresión me daba, aunque eso no tiene importancia. Lo importante eran sus miradas, sus sonrisas, que no paraban de reírse y de inclinarse la una hacia la otra. Comparado con ellas, parecía que ninguno de los comensales de las otras mesas se lo estaba pasando bien. Cierto que también hablaban y se reían. Pero no estaban completamente *absortos* los unos en los otros, como la mujer china y su hija. Había una pareja sentada delante de mí que tenía toda la pinta de haber salido a celebrar San Valentín: él no paraba de mirar el reloj, y ella de ver si le había llegado algún mensaje al móvil. A mi espalda, tenía a una familia de cuatro personas: los dos niños pequeños se dedicaban a jugar con sus consolas Nintendo, y la mujer y el marido llevaban diez minutos sin cruzar palabra. A la izquierda, tapándome un poco la vista del puerto, había un grupo de seis amigos: dos estaban enzarzados en una gran discusión que había empezado como una conversación sobre el calentamiento global, y que ahora tenía más que ver con la economía; ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder, y los otros cuatro estaban allí sentados, aburridos y callados, mirándoles. Una pareja mayor a mi derecha había decidido sentarse del mismo lado de la mesa, en vez de uno a cada lado, para poder contemplar los dos la vista en lugar de hablar. No es que nada de eso me deprimiera exactamente. Incluso habría dicho que toda esa gente volvería a casa pensando que había pasado una noche muy agradable. Pero a quienes envidiaba de verdad era a la mujer china y a su hija. Estaba claro que tenían algo precioso: algo que yo

deseaba con todas mis fuerzas. Algo que quería que compartieran conmigo.

¿Pero cómo podía estar seguro de que era china? Es que no podía. Pero a mí me parecía china. Tenía el pelo largo y negro, un poco revuelto y descuidado; una cara delgada, de pómulos prominentes (lo siento, no soy muy bueno describiendo a las personas); un carmín rojo chillón, que le daba un toque raro; y una sonrisa encantadora, de labios un poco apretados, pero aún más radiante por eso mismo, curiosamente. Llevaba una ropa cara, con una especie de chal negro de gasa (tampoco soy muy bueno describiendo ropa, ¿se mueren de ganas de leer las siguientes cuatrocientas páginas?) sujeto con un enorme broche dorado. Así que tenía dinero. Era elegante, ésa sería una buena palabra para describirla. Muy elegante. Su hija, de unos ocho o nueve años, también iba bien vestida y también tenía el pelo negro (no es que haya muchas chinas rubias, la verdad). Tenía una risa bonita: empezaba como una risa gutural y luego se convertía en una serie de risitas en cascada que al final se diluían como un arroyo que cae por una ladera en una serie de charcas. (Como las que solíamos ver mamá y yo siempre que me llevaba de paseo por las Lickey Hills, hace muchísimos años, por detrás del pub The Rose and Crown, al borde del campo de golf municipal. Supongo que eso era lo que me recordaba su risa, y quizás ésa sea otra de las razones por las que la niña china y su madre me impresionaron tanto aquella noche.) No sé qué es lo que la haría reírse tanto: algo relacionado con el juego de cartas; no se trataba de un juego completamente tonto e infantil como el *snap*, pero tampoco parecía un juego muy serio de adultos. A lo mejor estaban jugando al *knock-out whist* o algo así. Fuera lo que fuera, hacía que la niñita se riera; y su madre le seguía la corriente, la provocaba, se unía a ella, deslizándose sobre las olas de

aquella risa. La verdad es que daba gusto verlas, pero tenía que dosificar mis miradas, para que no se dieran cuenta de que las observaba y la mujer china decidiera que yo era una especie de perverso. Me había pillado un par de veces mirándola, y me había sostenido la mirada unos segundos, pero tampoco demasiados. No se podía interpretar ese gesto como una invitación, porque enseguida apartaba la mirada y empezaba a charlar y a reírse otra vez con su hija, reconstruyendo rápidamente aquel muro de intimidad, aquella pantalla protectora.

Me habría gustado mandarle un mensaje a Stuart en aquel momento, pero ya no tenía el número de su móvil. Me habría gustado escribirle para decirle que ahora ya entendía lo que había intentado explicarme sobre los coches. Los coches son como las personas. Andamos dando vueltas por ahí todos los días, vamos a toda prisa de un lado para otro, estamos siempre a punto de tocarnos pero en realidad tenemos poco contacto. Todas esas aproximaciones... Todas esas posibilidades... Es horrible si te paras a pensarlo. Casi mejor no pensar en ello.

¿Recuerdan dónde estaban el día que murió John Smith? Supongo que la mayoría de la gente no. De hecho, supongo que mucha gente ni siquiera se acuerda de quién era John Smith. Claro que ha habido un montón de John Smiths a lo largo del tiempo, pero el que yo digo fue el líder del Partido Laborista Inglés que se murió de un infarto en 1994. Ya sé que su muerte no tuvo la repercusión mundial de la de JFK o la princesa Diana, pero yo aún recuerdo perfectamente dónde estaba. Estaba en el bar de aquellos grandes almacenes de Ealing, comiendo con Stuart y otros dos o tres tíos, incluido un tal Dave que era un auténtico coñazo. Trabajaba en la sección de electrodomésticos, y era el típico

tío al que no puedo soportar. Gritón y aburrido y demasiado seguro de sí mismo. Y sentada en la mesa de al lado ella solita, había una chica encantadora de unos veintipocos años, con el pelo castaño claro que le llegaba hasta los hombros; parecía que estaba muy sola y que no pintaba nada allí, y no dejaba de mirar en nuestra dirección. Como iba a descubrir muy pronto, se llamaba Caroline.

Yo sólo llevaba trabajando en aquellos grandes almacenes un par de meses. Antes me había pasado dos o tres años como viajante de juguetes de una empresa que tenía su base en St. Albans. En cierta forma, era un trabajo bastante agradable. Me hice muy amigo del otro representante que tenían en el sudeste, Trevor Paige, y nos divertimos mucho juntos esos dos o tres años, pero nunca me gustó tanto viajar como a él, y la novedad de todos aquellos viajes me duró muy poco. Así que me puse a buscar algo que no me obligara a viajar. Acababa de pagar la entrada de una bonita casa adosada en Watford (que quedaba cerca de la de Trevor, por cierto) y estaba muy pendiente de cualquier otro trabajo que pudiera salirme. Los grandes almacenes de Ealing habían sido siempre una de mis visitas fijas, y también me había preocupado de hacerme amiguete de Stuart, que llevaba la sección de juguetes. Siempre hay algo artificial, supongo, en las amistades que se hacen por cuestiones de negocios, pero Stuart y yo acabamos llevándonos realmente bien, y al cabo de un tiempo trataba de que Ealing fuese mi última visita del día, para poder salir a tomar una copa juntos después de nuestras reuniones de trabajo. Y entonces una noche Stuart me llamó a casa, pero no en horario laboral, y me contó que lo habían ascendido y le habían dado un puesto administrativo en la oficina de arriba, y me dijo que por qué no intentaba ocupar el suyo en la sección de juguetes. La verdad es que al principio tuve mis dudas, pensando en cómo

iba a reaccionar Trevor; pero al final se lo tomó bien. Sabía que era precisamente lo que yo andaba buscando. Así que un par de meses después estaba trabajando en Ealing a jornada completa, y comiendo todos los días en el bar con Stuart y sus colegas, y entonces fue cuando empecé a fijarme en aquella chica encantadora de veintipocos años con el pelo castaño, que por lo visto siempre comía sola en la mesa de al lado.

En este momento me parece que hace tanto tiempo de todo eso... En aquella época todo parecía posible. Cualquier cosa. Me pregunto si alguna vez volveré a tener esa sensación.

Mejor no seguir por ahí.

Vamos con la muerte de John Smith. Éramos un grupo de tíos ese día en el bar, y estábamos sentados comiendo en una de las mesas de formica, a principios del verano de 1994. Pero no me pregunten si llovía o hacía sol, porque en aquel sitio tan oscuro era imposible imaginar qué tiempo podía hacer fuera. Comíamos en una especie de penumbra permanente. Sin embargo, lo que tuvo de especial ese día fue que Dave, aquel tío tan pelma de Electrodomésticos al que no podía soportar, le había dicho a Caroline que se sentara con nosotros. Estaba claro que quería ligársela, pero daba pena verlo porque no paraba de meter la pata. Como no consiguió impresionarla con una descripción de su coche deportivo y del equipo estéreo ultramoderno de su lujoso pisito de soltero en Hammersmith, se puso a hablar de la muerte de John Smith (que habían anunciado en la radio esa mañana) y empezó a usarla como excusa de una serie de chistes malos sobre ataques al corazón. Cosas de este tipo: por lo visto, después del primer infarto de Smith a finales de los ochenta, los médicos habían conseguido revivir su corazón pero su cerebro no, así que no era de extrañar que

le hubieran nombrado presidente del Partido Laborista... La reacción de Caroline ante aquel intento de hacer gracia fue insistir en el silencio despectivo que había mantenido durante toda la comida, y aparte de unas cuantas risotadas sin muchas ganas nadie hizo ningún comentario, hasta que me escuché decir a mí mismo (un poco para mi sorpresa): «Eso no tiene ni pizca de gracia, Dave. Es que ni pizca.» En ese momento la mayor parte de los tíos ya habían acabado de comer y enseguida empezaron a levantarse y a irse, pero Caroline y yo no; ninguno de los dos dijo nada, pero decidimos quedarnos allí y entretenernos con nuestros flanes, como por una especie de acuerdo tácito. Así que durante un par de minutos nos quedamos allí sentados en un silencio incómodo, y como a la expectativa, hasta que yo hice un tímido comentario sobre que la sensibilidad no era el punto fuerte de Dave, y entonces, por primera vez, Caroline habló.

Y en ese mismo instante, creo, me enamoré de ella. Fue su voz, ¿comprenden? Me había esperado una voz supersofisticada a juego con su aspecto, pero en cambio resultó tener aquel acento de Lancaster tan marcado y sensato. Me cogió tan de sorpresa (me cautivó tanto) que al principio me olvidé de escuchar lo que me estaba diciendo realmente, y simplemente me dejé seducir por su voz, casi como si me estuviera hablando con algún meloso acento extranjero. Pero rápidamente, y antes de hacerle una impresión desastrosa, recuperé el control y empecé a concentrarme, y me di cuenta de que me estaba preguntando por qué no me había reído yo también con los chistes. Quería saber si había sido porque era simpatizante del Partido Laborista, y le contesté que no, que no tenía nada que ver con eso. Le dije que no me parecía bien hacer bromas sobre alguien que acababa de morir, sobre todo porque Smith siempre me había pare-

cido un tipo decente y dejaba mujer e hijos. Caroline estaba de acuerdo conmigo, pero por lo visto también sentía su muerte por una razón distinta: pensaba que la política inglesa estaba pasando por muy mal momento, y decía que John Smith habría ganado probablemente las próximas elecciones y podría haber terminado siendo un gran primer ministro.

Bueno, tengo que admitir que ésa no era la clase de conversación que solía escucharse en el bar de aquellos grandes almacenes, por no decir la clase de conversación en la que yo suelo participar. Nunca me ha interesado mucho la política. (De hecho, ni siquiera voté en las dos últimas elecciones, a pesar de que voté a Tony Blair en 1997, principalmente porque pensé que eso era lo que Caroline quería que hiciera.) Y cuando descubrí, como hice enseguida, que Caroline sólo se tomaba su empleo en la sección Premamá de los almacenes como un trabajo temporal mientras empezaba a escribir su primera novela, aún me sentí más perdido. Casi nunca leo novelas, y jamás se me ha pasado por la cabeza ponerme a escribir una. Pero, en cierta forma, aquello avivó mi curiosidad. No podía hacerme una idea clara de Caroline, ¿comprenden? Después de pasarme todos aquellos años en la carretera haciéndole visitas imprevistas a la gente y tratando de venderle cosas, estaba bastante orgulloso de mi habilidad para tomarle la medida a cualquiera y decidir, en cuestión de segundos, de qué iba. Pero no había conocido a muchas personas como Caroline. No había ido a la universidad (ella era licenciada en Historia por la Universidad de Manchester) y había pasado la mayor parte de mi vida de adulto en compañía masculina. Ejecutivos, además; la clase de gente que nunca dejaba enterver demasiadas cosas de sí misma cuando hablaba, y que solía dar por sentado el *statu quo*. Comparada con ellos, Caroline

era una auténtica desconocida para mí. Ni siquiera podía imaginarme qué era lo que la había llevado hasta allí.

Me lo explicó la primera vez que salimos juntos, y resultó ser una historia muy triste. Estábamos en una Spaghetti House (una de mis cadenas favoritas en aquella época, aunque ya casi no se ve ninguna), y mientras Caroline picoteaba con el tenedor sus tallarines a la carbonara me contó que, cuando estaba en la universidad en Manchester, se había enrollado a tope con un tío que estudiaba el mismo curso que ella, pero de Filología Inglesa. Entonces él había conseguido un trabajo en Londres, en una productora de televisión, y los dos se habían trasladado a un piso en Ealing. La verdadera vocación de Caroline era escribir libros (novelas y relatos), así que se tomaba aquel trabajo en los grandes almacenes como una cosa temporal, a la vez que intentaba seguir escribiendo por las noches y los fines de semana. Mientras, su novio se lió con otra chica a la que había conocido en la productora y se enamoró locamente de ella, así que a los quince días dejó a Caroline y se largó, y ella se quedó completamente sola, viviendo en un sitio donde no tenía amigos y haciendo un trabajo que no le interesaba nada.

Bueno, ahora ya ha quedado la cosa clara, ¿no? Hay una palabra que describe perfectamente cómo se encontraba Caroline en aquel momento: *rebotada*. Yo le gustaba porque la trataba bien, y porque la había pillado en un mal momento, y porque seguramente no era tan bruto y tan insensible como los otros tíos del bar. Pero, visto desde ahora, es evidente que no tenía nada que ver con ella. En cierto modo es increíble que durásemos tanto juntos. De todas maneras, uno no puede adivinar el futuro. Ya me cuesta imaginarme a una pareja unas semanas después del inicio de la relación, imagínense después de quince años... Pero en esa época

éramos jóvenes e ingenuos, y al final de aquella noche en la Spaghetti House, cuando le pregunté si le apetecía hacer una excursión en coche por el campo aquel fin de semana, ninguno de los dos tenía la más remota idea de adónde nos llevaría aquello, y lo único que recuerdo ahora es aquel brillo de agradecimiento en su mirada y que me contestó que sí.

Hace quince años... ¿Quince años son mucho tiempo o poco tiempo? Supongo que todo es relativo. Si los comparas con la historia de la humanidad, quince años son un pestañeo, pero también me da la sensación de que he recorrido un camino muy largo, un camino increíblemente largo, desde la esperanza y la emoción de aquella primera vez en la Spaghetti House hasta esa noche de hace unos meses, el 14 de febrero de 2009, cuando (con cuarenta y ocho años) estaba sentado allí solo en un restaurante de Australia, con el agua y las luces de la bahía de Sidney brillando detrás, y sin poder parar de mirar a aquella mujer china tan guapa que estaba jugando a las cartas con su hija en aquella mesa. Caroline ya se había ido de casa. Quiero decir que se había largado. Llevaba fuera seis meses, y se había llevado a nuestra hija Lucy con ella. Se habían ido a vivir al norte, a Kendal, en la región de los lagos. ¿Qué fue lo que la apartó de mí definitivamente? Pues una frustración acumulada durante mucho tiempo, supongo. Aparte del nacimiento de Lucy, parecía que los últimos quince años no le habían traído a Caroline ninguna de las cosas que ella esperaba. No había podido escribir su gran novela. Ni siquiera había conseguido terminar un relato corto, que yo supiese. La llegada de Lucy había acabado con todo aquello. Al fin y al cabo, ser madre es agotador. Pero yo no acababa de ver por qué el estar casada conmigo le impedía escribir

algo, si eso era lo que realmente quería hacer. Aunque hay otra cosa: en el fondo, puede que a Caroline (por mucho que me cueste reconocerlo) le diera un poco de vergüenza tener un marido como yo. O más bien, un marido con un trabajo como el mío. A esas alturas me había pasado a uno de los grandes almacenes más importantes y con más prestigio de Londres, donde trabajaba en el servicio posventa de atención al cliente. Era un empleo estupendo, bajo mi punto de vista. Pero tal vez hubiera una parte de ella que creía que el marido de una aspirante a escritora debía hacer algo más..., no sé, ¿artístico? ¿Intelectual? Pensarán que podríamos haber hablado de estas cosas, pero lo más triste de nuestro matrimonio, durante los últimos años, había sido una falta de comunicación casi total. Parecía que habíamos perdido la capacidad de comunicarnos, a no ser por las peleas a gritos acompañadas de intercambios de insultos y del lanzamiento de objetos domésticos. No voy a entrar en detalles, pero recuerdo uno de nuestros encontronazos, a raíz de la última discusión, o quizás de la penúltima. Habíamos empezado a discutir sobre si usar una esponja de aluminio o una esponja normal para limpiar la superficie de acero inoxidable de nuestra cocina, y antes de que pasara medio minuto yo ya estaba diciéndole a Caroline que estaba claro que ya no me quería. Y cuando me lo negó, le dije: «A veces hasta pienso que no te gusto.» ¿Y saben lo que me respondió? «¿Cómo va a gustarle a alguien un hombre que ni siquiera se gusta a sí mismo?»

Pues si iba a dedicarse a hablar en clave, nunca íbamos a llegar a ninguna parte.

La mujer china y su hija se quedaron mucho tiempo en el restaurante. Teniendo en cuenta lo pequeña que era la hija, resultaba bastante sorprendente que siguieran allí sobre

las diez y media. Habían terminado de comer hacía siglos, y lo único que las retenía allí era el juego de cartas. La mayoría de las mesas estaban vacías, y mí también me tocaría enseguida volver al piso de papá. Teníamos que hablar de algunas cosas antes de que yo cogiera el vuelo a casa la tarde siguiente. Pero necesitaba hacer pis antes de irme, así que me levanté de la mesa y fui hasta el servicio de caballeros del sótano.

No me gusta mear de pie. No me pregunten por qué. Que yo sepa, no tuve ningún trauma cuando era pequeño porque me molestaran en unos servicios públicos o algo así. De hecho, no me gusta mear de pie ni siquiera cuando no hay nadie en el servicio, no vaya a ser que entre alguien cuando esté a medias y me corte la meada como si fuera un grifo, y luego tenga que salir de allí todo cabreado por la frustración y el apuro, con la vejiga medio llena. Así que me senté en una de las cabinas (después de los preparativos habituales, como limpiar la tapa y esas cosas) y entonces fue cuando de verdad me pegó fuerte. La soledad, quiero decir. Estaba sentado bajo tierra, en una especie de cajita a no sé cuántos miles de kilómetros de casa. Si de repente me daba un ataque al corazón sentado en aquel váter, ¿qué iba a ser de mí? Seguramente, algún empleado del restaurante me encontraría justo antes de que cerraran. Llamarían a la policía y mirarían mi pasaporte y mis tarjetas de crédito, y de alguna manera, supongo, utilizando alguna base de datos internacional, averiguarían mi relación con papá y con Caroline, y los llamarían por teléfono para decírselo. ¿Cómo se lo tomaría Caroline? Al principio se disgustaría bastante, pero tampoco demasiado, creo. Ya no jugaba un papel especialmente importante en su vida. Lucy lo llevaría peor, claro, pero también se iba alejando poco a poco de mí; ya hacía más de un mes que no sabía nada de ella. ¿Y quién

más había? Bueno, puede que a algunos amigos o compañeros de trabajo les diera algo así como pena un momento, aunque tampoco nada del otro jueves. Chris, mi viejo amigo del colegio, tal vez sintiera como una especie de arrepentimiento porque nos hubiéramos distanciado y lleváramos tanto tiempo sin vernos... Trevor Paige sí que lo sentiría de verdad. Y Janice, su mujer, también. Pero mi fallecimiento tampoco tendría mucha más repercusión que ésa. Una cuenta de Facebook inactiva... ¿Pero alguno de mis amigos de Facebook se iba a fijar en eso? Lo dudo. Estaba solo en el mundo, terriblemente solo. Al día siguiente cogía un vuelo a casa, y en realidad lo único que me esperaba a mi llegada era un piso en el que prácticamente no vivía, lleno de muebles de Ikea, y las facturas, informes del banco y anuncios de pizza móvil que se hubieran acumulado esas tres semanas. Y ahora estaba sentado allí solo en una cajita de madera, bajo tierra, en el sótano de un restaurante pegado a la bahía de Sidney, y arriba, a unos metros por encima de mí, había dos personas que (por muy solas que estuvieran en el mundo en otros terrenos) al menos se tenían la una a la otra; al menos estaban unidas la una a la otra, con una fuerza y una intensidad que era evidente para cualquiera que se tomara la molestia de mirarlas un poco. Y yo las envidiaba locamente por eso. Sólo de pensarlo, sentí una necesidad repentina y apabullante de conocer a aquella mujer china tan guapa y a aquella hija igual de guapa que se querían tanto. La perspectiva de salir de aquel restaurante sin que me hubieran conocido (sin que fuesen conscientes, de alguna manera, de mi existencia) me parecía insoportable.

Y lo curioso del caso era que, cuanto más vueltas le daba, más me parecía que no había razón para no intentarlo. En realidad, ¿por qué estaba dudando tanto? Se suponía que esas cosas se me daban bien. Antes de que Caroline y Lucy

se largaran, dejándome totalmente tirado y haciendo que me convirtiera en una especie de ermitaño involuntario, había hecho toda una carrera gracias a mi habilidad para entenderme con la gente. En definitiva, ¿qué se creen que hace un empleado del servicio posventa de atención al cliente? Prácticamente, en eso consiste su trabajo. Yo podía ser encantador cuando quería. Sabía cómo hacer que una mujer se sintiera cómoda. Sabía que la cortesía, la buena educación y un tono de voz amigable solían desarmar incluso al desconocido más receloso.

Así que esa noche (por primera vez desde que Caroline me hubiese plantado, seis meses antes) tomé por fin una decisión: una decisión muy firme. Sin molestarme siquiera en pensar lo que iba a decir, salí de la cabina, me lavé las manos a toda prisa y subí las escaleras rápidamente, muy decidido. Respiraba muy fuerte y estaba muy tenso de los nervios que tenía, pero también tenía una sensación de alivio y de libertad.

Pero la mujer china y su hija habían pagado la cuenta y se habían ido.